

Sara de Ibáñez maneja en *Pastoral* un restringido vocabulario que se caracteriza por el uso de ciertas voces —las preferidas—, en las cuales insiste sin que el número varíe, como: flauta, panal, trigo, sangre, pez, rosa, huesos, niebla, espuma, cordero, golondrinas, llagas, árbol, latidos, alas, miel, entre los sustantivos; áridos, salobre y pálido, entre los adjetivos; inaugurar y advertir, entre los verbos. Esa sencillez nutre su poesía.

Así como algunos escritores de la España renacentista daban cabida en sus obras a giros populares, la autora de *Pastoral* hace concesiones a quienes no tienen preparado el oído para percibir una música verbal perfecta, al comprimir algunas palabras, con sinéresis que pudo haber eliminado. Debe considerarse este sacrificio como una cortesía para el público habituado a escuchar esas palabras, en la misma forma, en versos populares.

¿Convendrá pedir a Sara de Ibáñez que destine su próximo libro exclusivamente a un grupo selecto, con preparación para escuchar su melodía más afinada?

FRANCISCO MONTERDE

FRANCISCO MONTERDE, *Moctezuma II, señor de Anáhuac*.—Colección Austral, Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires-México. (1948). 147 pp.

*Moctezuma II, señor de Anáhuac*, es un libro poético; como a tal debemos acercarnos. Pero como la trama se desenvuelve sobre un fondo histórico, conviene advertir que éste se ha reflejado con verdad, con propiedad, sin que la calidad del poema se pierda al través de las páginas, del gran señor, muy señor, del Anáhuac.

Francisco Monterde —y esto merece nuestra admiración cumplida— ha sabido aprovechar las fuentes históricas, pero ha cuidado de seleccionar la literatura de extracción indígena, excepto importantes documentos publicados después de la primera edición de su libro, como los *Anales de Tlatelolco* y la *Crónica Mexicáyotl*. Los demás autores están presentes: el Libro XII de Sahagún, transmitido por indios, Tezozómoc

—indígena puro descendiente de Moctezuma—, etc., lo que sin duda ha contribuído a sumergir al lector en un mundo mágico: los mitos, los siniestros presagios de la conquista, que en manos de este escritor retratan vívidamente las creencias fatales que precedieron al advenimiento español frente al que la hechicería indígena fué impotente.

Cabe aquí una reflexión: Monterde enjuicia a Moctezuma como a un poseso, un atemorizado por los mitos, un acobardado frente al desig-nio de los viejos oráculos, postrándose ante la realidad de los siniestros presagios . . . Esto es verdad: por Anáhuac corría una leyenda que habría de herir de muerte a las culturas indígenas: hombres blancos, de rostros calcáreos, habrían de venir por el Oriente a enseñorearse del Anáhuac. Cuando Cortés arribó al lugar de las Faldas de Jade (Chalchicueyecan), es decir, al mar de Veracruz, Moctezuma quiso hundirse, desaparecer en la cueva de Cincalco y precipitó la ruina del Imperio.

Pero Moctezuma no es sólo un poseído de los temores míticos. Moctezuma pudo pronto constatar que no estaba frente a dioses, sino frente a hombres. Cortés mismo —acicateado en este caso por un temor religioso— rehusó presentarse como una deidad; se presentó como un hombre, un hombre poderoso que ordenaba el fuego y montaba grandes ciervos domésticos. Moctezuma, sin embargo, rehusó combatir: hasta el último momento fué el pusilánime y servil instrumento de dominación europea. Bernal mismo cuenta que, durante el sitio, la gran masa indígena injuriaba a los españoles y a la memoria de Moctezuma, y todas las fuentes indígenas (*Anales de Tlatelolco*, *Crónica Mexicáyotl*, etc.) hablan de una purga de la nobleza partidaria de Moctezuma, durante los días aciagos del sitio. Esta nobleza, emparentada con el antiguo rey, quería la paz. Cuauhtémoc, a la cabeza del sacerdocio, quería una guerra victoriosa o el exterminio. Es así como murió la flor de la nobleza azteca. Y fué así como Moctezuma, el acobardado señor de los mitos, aparece aliado a los opresores del país, mientras Cuauhtémoc representa no sólo el héroe contra los mitos sino el héroe de una causa popular, en la adversidad.

Una interpretación de Moctezuma es así histórica. Monterde ha presentado a Moctezuma desde ese ángulo, extraordinario por cierto: el del hombre al que en la adversidad le tocó, azorado, recibir a los dioses del oriente.